

COMENTARIOS

Mons. Arturo Rivera: V Arzobispo de San Salvador

Después de casi tres años de sede vacante, la Santa Sede ha designado, en las vísperas del viaje del Papa a Centroamérica, a Mons. Arturo Rivera arzobispo de San Salvador. Un nombramiento difícil de hacer, porque no es fácil encontrar un buen arzobispo, pero un nombramiento misteriosamente postergado por el Vaticano desde el asesinato de Mons. Romero. El nuevo arzobispo ha comenzado su gestión episcopal junto a la tumba de Mons. Romero a donde acompañó al Papa y donde ambos se unieron en oración. Luego, Juan Pablo II tomó entre sus manos las de Mons. Rivera y así, unidos el pastor universal y el local, las colocaron sobre la tumba de Mons. Romero para confirmarse mutuamente en su misión episcopal ante el cuerpo martirizado del profeta y pastor de la arquidiócesis.

La tradición de la arquidiócesis de San Salvador requería que el nuevo arzobispo fuera capaz de seguir la línea pastoral impulsada por Mons. Luis Chávez y por Mons. Romero, que hubiera aprendido de ellos a vivir el complejo proceso eclesial y a enfocar siempre de modo distinto y novedoso la misión de la Iglesia dentro de la sociedad. La Iglesia salvadoreña, y en particular la arquidiócesis han cambiado mucho entre un episcopado y otro, pero siempre avanzando en la misma dirección de servicio al mundo y, en concreto, a sus mayorías desposeídas. Hoy más que antes, cuando el país se desangra en una cruel guerra aparentemente sin final, se impone continuar en esta dirección ya consolidada por los dos últimos arzobispos.

Mons. Chávez supo o por lo menos siempre intentó acompañar los cambios importantes ocurridos en la Iglesia y en la sociedad sin miedo y con cierta intuición de hacia dónde se movía la verdad cristiana. La diferencia fundamental marcada por el episcopado de Mons. Chávez es

la nueva conciencia de la Iglesia. Desde el Vaticano II, la Iglesia ya no es algo cerrado en sí misma, sino que cobra su sentido y razón de ser de cara al servicio a los hombres. Medellín y Puebla han concretado históricamente ese servicio al mundo de los pobres latinoamericanos. Esto supuso una ruptura de la propia conciencia al vislumbrar la liberación de toda servidumbre. En la arquidiócesis esta nueva conciencia se concretizó en la evangelización de cara a la realidad nacional, en la promoción de las comunidades cristianas y sus agentes de pastoral, en la participación directa de las religiosas en la pastoral y en un serio intento de llevar adelante una pastoral unificada. Muchos cristianos han puesto en práctica estas orientaciones, sellando su compromiso con la persecución y el martirio. Desde Mons. Chávez cada vez con mayor intensidad el arzobispo ha venido a convertirse en la conciencia cristiana del país con un gran influjo social nacional e internacionalmente.

Junto con la novedad eclesial arquidiocesana ha surgido el conflicto dentro de la Iglesia salvadoreña con quienes quieren dar marcha atrás a Medellín y Puebla e incluso contra quienes han ignorado al Vaticano II. En estos sectores eclesiales se mantiene lo tradicional a nivel eclesial e indirecta, pero eficazmente a nivel socio-político. Ocasionalmente algún representante de este sector ha denunciado los atropellos del capital y la Fuerza Armada, pero la mayoría de las veces, este sector ha hecho causa común por acción u omisión con quienes denuncia. Con frecuencia este sector ha denunciado a sus propios sacerdotes y en el actual conflicto que azota al país está apostando por la salida militar propuesta por los Estados Unidos. Asimismo, este sector sanciona con su presencia importantes actividades públicas y se muestra más preocupado de una

supuesta pureza doctrinal y de ideologías, con frecuencia mal comprendidas, que del dolor del pueblo salvadoreño. Dada esta realidad eclesial no es extraño que la conferencia episcopal haya estado dividida y lo siga estando. La reciente biografía de Mons. Romero, publicada en inglés con el título **La palabra permanece: vida de Oscar Romero**, de James Brockman, documenta con fuentes escritas procedentes de la misma CEDES, las actuaciones de ese cuerpo episcopal colegiado durante el arzobispado de Mons. Romero, por no mencionar sus actuaciones desde la primera semana de pastoral cuando aún era arzobispo Mons. Chávez.

La arquidiócesis, en cambio, se ha colocado en medio del conflicto social convirtiéndose en voz de quienes no han tenido voz, solidarizándose con sus sufrimientos y sus persecuciones, recogiendo los miles de cadáveres dejados por la guerra regados en el territorio nacional, acogiendo a miles de desplazados y dando una esperanza cristiana a todos los que lloran. La experiencia de estos últimos años ha demostrado que esta es una posición incómoda, pero es la única posición cristiana.

Siguiendo la línea de sus predecesores, Mons. Rivera ha reclamado el derecho del pueblo a la organización, ha indicado con insistencia la necesidad de incluir a la izquierda para dar con la solución auténtica al actual conflicto militar, ha denunciado las injusticias y atropellos

de ambos bandos en el conflicto sin miedo a ser acusado de parcial cuando el grueso de las denuncias acusa directamente a la Fuerza Armada y a los cuerpos de seguridad. Al mismo tiempo, en repetidas ocasiones, ha pedido la humanización del conflicto y ha propuesto el diálogo y la negociación como la salida más racional y cristiana. Por otro lado, Mons. Rivera ha tratado de mantener viva la presencia de Mons. Romero, piedra de escándalo para el capital, la Fuerza Armada, el gobierno y algunos conocidos eclesiásticos nacionales y extranjeros, tal como se ha podido comprobar una vez más con ocasión de la visita papal. Esta postura sensata y objetivamente discordante de Mons. Rivera, le ha capacitado en la práctica para asumir con acierto y libertad evangélica la grave responsabilidad de dirigir la arquidiócesis.

Asumiendo positiva y creativamente la tradición de sus predecesores, Mons. Rivera asume en estos momentos una diócesis comprometida con el anuncio y realización del Reino de Dios y dispuesta a dar la vida de sus mejores miembros para denunciar y colaborar a eliminar la raíz de todos los males del país, la injusticia social. En este sentido, Mons. Rivera, como pastor y profeta, anunciará constantemente la utopía cristiana y denunciará el pecado del país. A ello contribuirá sin duda su claridad de ideas sobre la relación entre el Reino de Dios y la sociedad civil y sus cualidades probadas de fortaleza, valentía y





prudencia, la cual no confunde con la pusilanimidad, para afrontar los conflictos con los poderes de este mundo como lo hicieron Mons. Chávez y Mons. Romero en su tiempo. A Mons. Rivera toca ahora asegurar la independencia de la arquidiócesis, sin encadenar la Palabra de Dios a los frecuentes intentos de sobornarla con fines particulares e intereses inconfesables.

En estos momentos el nuevo arzobispo tiene la enorme responsabilidad de pronunciar una palabra e impulsar una acción de esperanza liberadora, pues como pastor y nuestro es depositario de la tradición de Jesús y de la Iglesia. Para esta difícil tarea, Mons. Rivera cuenta ya con suficiente conocimiento, teórico y práctico, de las nuevas directrices eclesiales y una simpatía fundamental hacia la tradición y la práctica eclesial latinoamericana. Mons. Rivera conoce bien la teología tradicional, y el derecho canónico especialmente, lo mismo que la nueva teología; ya ha dado muestras de saber encauzar doctrinalmente la necesaria reflexión histórica sobre la fe. A diferencia de otros no cae fácilmente en juicios simplistas y erróneos sobre las nuevas corrientes de pensamiento teológico. Por otro lado, tiene y manifiesta un gran cariño hacia el pueblo. Más que un eclesiástico de curia. Mons. Rivera pretende ser un servidor del mundo y, en concreto, de los más necesitados. Estos no ven en él al jerarca autoritario, sino al hermano mayor que sabe compartir sus preocupaciones y miserias materiales y espirituales. Tiene dotes probadas de organización y sabe dejarse asesorar.

Comunicativo y comprensivo hacia el clero y las religiosas, posee prestigio y credibilidad, co-

sa nada fácil actualmente. Sus colaboradores más cercanos, laicos y eclesiásticos, lo mismo que las instituciones, movimientos y organizaciones que más decididamente se han puesto al servicio de la fe eficaz en la justicia dan testimonio de su capacidad para dirigir la arquidiócesis, discerniendo en medio del conflicto y planificando en las épocas tranquilas. Mons. Rivera ya ha dado ejemplo siendo creativo ante las dificultades, sin derrumbarse.

Por su capacidad de compromiso cristiano y sus capacidades personales, Mons. Rivera goza también de prestigio internacional. La Iglesia salvadoreña no está aislada, sino muy presente en América Latina y en la Iglesia universal. Ahora le corresponde al nuevo arzobispo mantener viva la fe y la esperanza de esta Iglesia que preside, siendo exigente al preceder en el ejemplo.

Al conocerse oficialmente su nombramiento como nuevo arzobispo de San Salvador, mientras se reunía el clero para coordinar la visita papal, se hizo presente sorpresivamente Mons. Chávez con quien trabajó como obispo auxiliar por casi dos décadas. Con palabra emocionada, Mons. Chávez elogió la personalidad de su sucesor y le entregó, para sellar la tradición arquidiocesana de un modo directo, su pectoral con una reliquia de la cruz de Jesús. Mons. Chávez explicó que ser arzobispo de San Salvador era servir al pueblo salvadoreño crucificado junto a Jesús. Dios bendice a la arquidiócesis enviando buenos pastores para dirigir a su pueblo por el camino de la verdad y de la justicia.

B.V.